

Cincuenta números UNA pta.

Redaccion y Administración: AIRE, 32

No se devuelven los originales

La Monarquía

POR QUÉ ODIAN AL KAISER...

La guerra actual, como todos los grandes acontecimientos, abunda en enseñanzas saludables que servirán de guía a las generaciones venideras.

Su fin mostrará el admirable equilibrio de las leyes que rigen a las sociedades. Su principio ha significado el fracaso de una tendencia: su desarrollo está siendo la apología de una institución secular.

El socialismo, que aun cuando utópico en sus aspiraciones ha ejercido indudable influencia como doctrina crítica y ha introducido su espíritu en las legislaciones modernas, ha fracasado ruidosamente ante los cañones y no ha sabido o no ha podido impedir la tragedia más grande que conocieron los tiempos.

No sólo el socialismo posibilista alemán, siempre patriota, sino el crudo antimilitarismo de Hervé y el idealismo anarquista de Kropotkine han llegado a tal bancarrota que en el porvenir habrán de adoptar nuevas formas para poder ser la seducción de los incautos.

Esa es la tendencia que ha fracasado al principio de la guerra.

No hablemos del porvenir, reservado a Dios, y concretándonos al presente observemos la grandeza de la Monarquía que la guerra presenta a nuestros ojos como un emblema gigantesco de lealtad y de honor.

Dos símbolos augustos han tenido la suerte de expresar de tal manera la psicología de los pueblos que representan: la unión de los ciudadanos, la estructura moral de las nacionalidades, que al nombrarlos evocamos toda una epopeya: Alberto de Bélgica, Guillermo de Alemania.

En ellos ha encarnado el espíritu nacional, en ellos se han fundido todas las aspiraciones; ambos son emblemas de infortunio en momentos de amarga incertidumbre para su pueblo, pero saben también alertar en el alma errante de sus ejércitos la visión de una patria pacificada y libre. En ellos se han compenetrado y se han fundido recuerdos, realidades y esperanzas; en ellos ven sus pueblos creyentes y el mundo admirado ante tanta grandeza la continuidad nacional, el resplandor de las empresas militares y la síntesis de todas las glorias venideras.

Como la Monarquía triunfa. Las formas políticas son sombras vanas en los momentos de peligro en que los grandes intereses nacionales se debaten.

Aquellos abogados vestidos de frac, prenda nocturna, como camareros, que en frase de un insigne escritor representan las repúblicas, formas adminis-

trativas y burocráticas, desaparecen para dejar paso a la realeza, que viste uniforme, se ciñe la espada y se cubre con casco sobre el que extienden sus alas las águilas victoriosas.

Guillermo II, que reúne todos los amores y todas las admiraciones de su pueblo, ha concitado también sobre sí todas las iras y todos los odios de los enemigos de Alemania. El fenómeno es natural.

No puede decirse que la guerra se debe a la voluntad imperial, porque un régimen representativo la decidió y el grupo más numeroso de diputados que en el mundo tienen los socialistas la refrendó, y no tuvo a menos acallar al Kaiser y estrechar su mano angusta. Pero es que por lo mismo que la voluntad nacional se ha manifestado tan vigorosamente unida y encarnada en una personalidad saliente, interesa a los adversarios de esta causa atacar el símbolo que raya a tal altura.

¿Quién no se ha sentido conmovido e indignado al mismo tiempo, leyendo los artículos de Salaberría, que maestramente nos presenta la opinión de los aliados y la opinión de muchos países neutrales cebándose en el Emperador alemán de un modo que parece inverosímil?

Feliz Emperador que expresa de esa manera el sentimiento de su pueblo, y goza y sufre con él y con él va a las trincheras, a la victoria o a la muerte. No es preciso ser germanófilo para admirar la egregia figura de este monarca, que resucita al guerrero semilegendario de la Edad Media, y repite aquella lema que el liberalismo no ha sabido nunca comprender: Con la ayuda de Dios, la victoria para el pueblo.

«El vicio orgánico de las poliarquías—decía Gil y Robles—es aquel a que las expone su imperfecta unidad». Y como la unidad representa la perpetuidad y engendra la fortaleza, la Monarquía triunfa sobre la República, que es disgregadora y disolvente. Así ha podido escribir el Sr. Sánchez de Toca: «La historia está jalonada por monarquías milenarias: en ella aparecen también aristocracias diez veces seculares, mas en cambio jamás se han conocido soberanías populares encarnadas en un Estado comprometido en conflagraciones internacionales que se aproximan a una viabilidad que se aproxima a la que tienen los actuales Congresos del mundo animal. (El régimen parlamentario y el sufragio universal)».

La nación es una realidad; pero la Patria es una abstracción que necesita un símbolo vivo en quien encarnar. Los soldados saben que luchan por la Patria, pero si la Patria la ven represen-

tada dignamente en una persona sentirán revivir más energías. La familia, la paz de la aldea, la lengua querida en que expresan sus pensamientos, las tradiciones santas, la esperanza en un mañana dichoso en el hogar junto a los suyos, después de la victoria, todas las ideas elevadas, todos los sentimientos nobles, los ve el soldado cifrados en una dinastía identificada con la Patria. Y así cuando dice: «Viva el Rey» o «Viva el Emperador» aclama una institución que enlaza el pasado con el presente y el futuro: y al aclamarla, percibe una unidad moral indivisible que le hace héroe.

Por eso se ama tanto y se odia tanto a Guillermo II. Acostumbrados a los reyes que no responden de nada, anatemizados por Bismark, no concebíamos los reyes representativos, legisladores en la paz, belicosos en la guerra, humanos siempre. Y ha dado la casualidad de que en pleno siglo XX nos ha salido un ejemplar retrospectivo y atávico, que invoca a Dios, monta a caballo y fraterniza con las democracias guerreras en la línea de combate que va del Aisne al Vístula.

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO.

Las zonas neutrales

Mil protestas he oído en uno y otro sentido de personas muy formales contra las zonas neutrales que Cataluña ha pedido.

Y la verdad que me extraña tanto econo y tanta saña de tan variadas personas, porque conste que esas zonas abundan mucho en España.

La Empresa tabacalera que sin razón ni derecho espasce anginas de pecho con su picadura fiera, ¿no vive en zona neutral?

Si tal.

El político importante que en propalar se entretiene que la guerra nos conviene y lo dejan tan campante, ¿no vive en zona neutral?

Si tal.

El ricachón soberano que al llegar las elecciones hace votar sus peones, a la fuerza, por Fulano, ¿no vive en zona neutral?

Si tal.

La importante Compañía que tiene frágiles puentes y que muere mucha gente al paso se hunde al mismo día, ¿no vive en zona neutral?

Si tal.

El concejal o concejal que por el cargo que ocupa lo que le da de cobrar por de contado de balde, ¿no vive en zona neutral?

Si tal.

El que una tarde mató y un veredicto acertado a la calle lo ha mandado estilo «madam Cailló», ¿no vive en zona neutral?

Si tal.

Si esas zonas hay y ha habido ¿a qué, pues, tanto lamento por las nuevas que han pedido?... ¿No las habrán confundido con las de reclutamiento?

BARÓN CALATRAVA

¿Delenda est Cartago!

Repetidamente hemos expuesto desde estas columnas la idea de que al Gobierno británico se le habían frustrado sus propósitos porque, atento a su negocio y a su egoísmo, había sufrido una enorme equivocación, tanto mayor cuanto que la Historia nos enseñaba la ineficacia y, más que esto, lo contraproducente de ciertas medidas.

Desde el momento en que estalló la guerra, la Gran Bretaña, a título de defensa y como medida necesaria, atropellando los principios de derecho internacional y so pretexto de defender el progreso, la civilización y la libertad, comenzó a hacer la guerra en la forma en que se realizaba en los tiempos antiguos y medievales.

El respeto de la propiedad individual de los súbditos de las naciones enemigas, sancionado y respetado durante el siglo XIX, que se consideraba como un triunfo de la civilización, desapareció por completo, y el Gobierno inglés se apresuró a decretar la confiscación y el secuestro de los bienes de propiedad particular, y, prevalido de su preponderancia marítima, impidió el tráfico creyendo que de ese modo iba a sitiar por hambre a su poderoso enemigo.

Los estadistas anglicanos, al adoptar esas medidas, olvidaban que hace un siglo Napoleón ordenó el bloqueo continental de Inglaterra y sus resultados fueron contraproducentes.

Y esto precisamente es lo que ahora ha ocurrido; la Gran Bretaña, a pesar de titularse la dueña de los mares, no ha declarado el bloqueo de los puertos alemanes y austriacos ante la imposibilidad de hacerlo efectivo; pero ha declarado contrabando de guerra todo los artículos de comercio, ejerciendo el derecho de visita arbitraria y despóticamente, y las consecuencias de estas disposiciones ha sido Inglaterra la primera en sufrirlas.

Ha ocurrido lo mismo con el comercio de los puertos de los Estados Unidos después, y más tarde con las naciones neutrales, han levantado y levantarán su voz para protestar contra tan arbitrarias disposiciones, y lo que hoy son notas diplomáticas, se tardará en convertirse en argumentos de fuerza, única solu-